



ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA CULTURA DE SAN AGUSTIN: UN PROCESO HISTORICO MILENARIO EN EL SUR DEL ALTO MAGDALENA DE COLOMBIA

HÉCTOR LLANOS VARGAS

"Lo que se necesita es una ciencia del registro arqueológico que enfoque los problemas especiales que surgen al tratar de utilizar este registro para conocer el pasado".

(Lewis R. Binford, *En busca del pasado*, 1988).

"¿son posibles las leyes históricas, es decir, generalizaciones válidas en el tiempo, en un contexto concreto?"

(Ian Hodder, *Interpretación en Arqueología*, 1988).

Durante la década de los años setenta y la actual se ha realizado una serie de investigaciones arqueológicas, patrocinadas por la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales del Banco de la República, cuyos resultados colocan en primer plano la compleja realidad que gira alrededor de la llamada cultura de San Agustín.

Se han excavado nuevos cementerios y esculturas monumentales, sobresaliendo por su contenido simbólico las estatuas pintadas de El Purutal (Cubillos, 1986); se ha profundizado la historia con los hallazgos fechados por los arqueólogos Luis Duque Gómez y Julio César Cubillos en el Alto de Lavapatás (1988), donde un fogón aislado corresponde al siglo XXXIII A.C. (5250 ± 120 A.P.), siendo la fecha más antigua asociada a un asentamiento humano, en el Alto Magdalena. También, estos investigadores en sus excavaciones de el Alto de las Piedras obtuvieron una fecha del siglo IX A.C. en una tumba monumental.

Los dos arqueólogos antes citados acaban de publicar la primera síntesis de la cronología absoluta que ellos han logrado. Este trabajo es de gran importancia porque se trata de una sistematización de la información arqueológica asociada a fechas de C. 14, que estaba dispersa en sus publicaciones, convirtiéndose en su primer cuadro cronológico que facilita la consulta de la asociación de elementos culturales para cada yacimiento fechado y para cada uno de los períodos por ellos definidos (1988: 100).

Una tendencia reciente en la investigación arqueológica del Alto Magdalena es el énfasis que se le está dando a los sitios de vivienda. En primer lugar se realizó el trabajo en la loma de La Estación donde se

encontró una aldea del período tardío (siglo XVI D.C.) (Duque y Cubillos, 1981); luego se efectuaron las excavaciones en los asentamientos de Quinchana (Llanos y Durán, 1983), y la prospección en el curso inferior del río Granates (municipio de Salado blanco), donde se logró ampliar la información sobre las pautas de asentamiento, al encontrarse el poblado aborigen de Morelia y otros conjuntos de habitación más pequeños, fechados entre los siglos VI y XVIII D.C. (Llanos, 1988). En este último municipio, Leonardo Moreno exploró otras regiones, localizando en El Mondey varias lomas aterrazadas y caminos, obteniendo en sus excavaciones fechas comprendidas entre el siglo III A.C. y I D.C. (1987).

Otro aspecto novedoso para San Agustín es el relacionado con la reconstrucción de estructuras arquitectónicas asociadas a los montículos funerarios y la escultura monumental, en las Mesitas A y B, del Parque Arqueológico Nacional de San Agustín y en el Alto de los Idolos (Duque y Cubillos, 1979 y 1983). Estas obras permiten apreciar al visitante el desarrollo tecnológico alcanzado por los constructores prehispánicos.

Además, proyectos que en estos momentos se están realizando, como el del Valle del río La Plata (Drennan y otros, 1985), el del Valle del río Timaná por parte del arqueólogo Carlos Sánchez y el que estamos haciendo en el Valle de Laboyos, no sólo están ampliando considerablemente el área de ocupación de la llamada cultura de San Agustín, sino que están aumentando el conocimiento sobre el poblamiento en los diferentes paisajes inscritos en los pisos térmicos frío, templado y cálido, con su amplio potencial de recursos naturales.

Por último, los trabajos que realizamos en el valle inferior del Granates integraron las fuentes arqueológicas con las etnohistóricas, al encontrar una fecha de 1700 D.C. asociada a una de las terrazas de habitación del poblado aborigen principal. Este hallazgo, pareció en un comienzo insólito, pero al ser confrontado con otras fechas de San Agustín, obtenidas por otros investigadores (siglos XIV, XV y XVI), resultó muy valioso en tanto que mostró la permanencia de las pautas de asentamiento agustinianas del período tardío, durante la colonia hispánica (Llanos, 1988).

San Agustín, una tradición cultural regional

Hace algunas décadas la investigación arqueológica tuvo como uno de los temas principales, conocer el origen de las diferentes culturas regionales, utilizando modelos teóricos difusionistas principalmente. En la actualidad, como consecuencia de nuevos enfoques de la arqueología, los objetivos son diversos.

Ultimamente, ya no se enfatiza el modelo difusionista que trataba de explicarlas a partir de supuestas migraciones mesoamericanas. Esta revaluación se debe, en gran parte, al incremento que han tenido las investigaciones arqueológicas en países como Colombia y el Ecuador, cuyos resultados han proporcionado una dimensión histórica profunda y regional en sus territorios.

Por su localización en el extremo norte y occidental de Suramérica estas áreas fueron el escenario de tradiciones culturales alfareras que desarrollaron sus propias dinámicas culturales, en procesos desiguales pero interrelacionados, aprovechando la gran variedad de paisajes de la Orinoquia, la Amazonia, las costas del Caribe y del Pacífico, los valles, altiplanos y vertientes de las cordilleras andinas, inscritos en los pisos térmicos cálido, templado y frío.

Como es bien sabido, en las costas del Caribe de Colombia y en las del océano Pacífico del Ecuador, se han podido establecer los más antiguos focos de tradiciones alfareras americanas que perduraron durante unos tres milenios. Luego surgieron las llamadas culturas regionales como San Agustín, en las tierras del sur del Alto Magdalena, en Colombia.

Los proyectos de investigación arqueológica más recientes señalan que en los valles de la cordillera Occidental correspondientes al departamento del Valle del Cauca y en los paisajes del sur del departamento del Huila, hacia el primer milenio antes de Cristo, ya se pueden identificar sociedades con alfarería especializada y un estilo regional propio.

¿Cómo surgieron estas culturas regionales? o ¿de dónde procedían sus progenitores? Son preguntas que no tienen una respuesta concreta pero que se pueden afrontar hipotéticamente, teniendo en cuenta las asociaciones estilísticas de sus alfarerías, que insinúan vínculos con la secuencia de los desarrollos culturales ecuatorianos de Valdivia, Machalilla y Chorrera, entre el cuarto milenio y el 300 antes de Cristo. Pero, estas asociaciones formales de la cerámica todavía no son un argumento suficiente para sustentar una procedencia directa de la llamada cultura de San Agustín de las culturas ecuatorianas antes mencionadas.

Gerardo Reichel Dolmatoff en su último texto, "Arqueología de Colombia", trae una novedosa propuesta al respecto, desafortunadamente sin una sustentación que rebasa unas someras asociaciones formales de la cerámica del llamado "segundo horizonte inciso, identificado con la tradición Zambrano" que, según este autor, se difundió hacia el interior del territorio colombiano por el valle del Magdalena, ascendiendo al altiplano cundiboyacense (cultura La Herrera) y llegando al sur del Alto Magdalena (cerámica del complejo Horqueta) y por último, dando origen a la cultura de Machalilla en el Ecuador (1986: 80).

Como lo escribimos en reciente publicación, a manera de introducción, el problema del Alto Magdalena agustiniano es más complejo: "La región oriental comprendida entre el norte del Perú y el sur de Colombia constituye el Alto Amazonas, o sea, es una zona donde en tiempos precolombinos parecen haber confluído, en varias direcciones, tradiciones culturales diferentes, generando procesos regionales como el de San Agustín" (Llanos, 1988).

O de otra manera, "Como lo ha señalado el arqueólogo Luis Duque Gómez, en el Alto Magdalena se puede hablar de una gran tradición cultural reflejada en sus complejos cerámicos, en su mundo escultórico y funerario monumental, en sus sitios de vivienda asocia-

dos a campos de cultivo, que rebasa las fronteras regionales y se inscribe, ya sea por paralelismo estilístico o por analogías etnológicas simbólicas, en un contexto cultural americano, tanto andino como amazónico y de la Costa Pacífica Ecuatoriana" (Idem).

Estas reflexiones hipotéticas sólo se aproximarán a la realidad histórica en la medida en que se confronten con nuevos proyectos de investigación científica. Lo cierto es que la región de San Agustín no se puede considerar aislada, en tanto que los paralelismos estilísticos "señalan aspectos comunes entre San Agustín y otras culturas, identificándose horizontes culturales, pero lamentablemente no todas las regiones circunvecinas a San Agustín han sido objeto de investigaciones sistemáticas, que permitan dilucidar la problemática histórica que se refleja en su complejidad alfarera" (Idem: 94).

Para San Agustín, la primera periodización arqueológica fue hecha por el investigador Luis Duque Gómez, basándose en los datos obtenidos en las excavaciones que había realizado durante la década de los años cuarenta y cincuenta (1966). Se fundamenta en una secuencia de tres complejos cerámicos: el primero lo llama Mesitas Inferior y comprende desde el siglo VI antes de Cristo hasta el siglo V después de Cristo; el segundo, Mesitas Medio, entre el siglo V y el XII después de Cristo, y el tercero Mesitas Superior entre esta última centuria y el siglo XVI.

Duque Gómez, posteriormente en una reseña arqueológica sobre San Agustín (1981), a cada uno de los complejos cerámicos asocia contenidos culturales, como la metalurgia, las tumbas, los montículos con sus templetas, la estatuaria, la agricultura, la vivienda, señalando que se trata del proceso evolutivo de la cultura de San Agustín.

En la década de los años sesenta, Geraro Reichel Dolmatoff realiza un proyecto de investigación arqueológica, donde enfatiza la estratigrafía cerámica, con la que puede definir cinco complejos: Horqueta y Primavera, que por asociaciones estratigráficas considera anteriores a la era actual; Isnos, entre el siglo I y IV después de Cristo; y los complejos Potrero y Sombrerillos. De este último obtiene fechas tardías (siglos XV y XVII después de Cristo) (1975).

Posiblemente, al considerar emparentados los complejos Horqueta con el Primavera y el Potrero con el Sombrerillos, Reichel Dolmatoff, en publicaciones posteriores habla solamente de tres complejos: Horqueta, Isnos y Sombrerillos (1987). Su clasificación cerámica lo lleva a concluir que entre los tres complejos no hay una continuidad cultural; antes por el contrario, enfatiza en que no se puede hablar de una cultura de San Agustín, sino de muchas culturas (1979).

Aunque el investigador anterior excavó sitios de basureros, también, fundamentándose en la secuencia de sus complejos cerámicos y en los trabajos de investigación arqueológica realizados por otros investigadores, hace su propia interpretación etnológica de la simbología escultórica y expone sus cambios cerámicos (1972, 1979, 1987).

No hay duda que la interpretación de los complejos cerámicos de Reichel Dolmatoff, no sólo ignora los complejos cerámicos definidos

por Duque Gómez, sino que confronta lo que este investigador ha dicho, de que se trata de la evolución de una cultura con sus respectivos cambios en el tiempo.

Las investigaciones que hemos realizado en Quinchana (1983), Morelia (1988) y las que estamos realizando en el valle de Laboyos (1988), nos permiten afrontar esta contradictoria situación científica. Para ello era necesario establecer un paralelo entre los complejos cerámicos definidos por los dos investigadores, para comprender, que aunque era difícil hacerlos equivalentes formal y cronológicamente, por sus diferencias metodológicas, los materiales cerámicos eran los mismos, como era lógico de esperarse al haber sido obtenidos en los mismos yacimientos prehispánicos.

No hay duda de que en el Alto Magdalena hay tres grandes complejos cerámicos, que tienen unidades con rasgos formales, decorativos y técnicos propios que se encuentran en una secuencia cronológica. Hay un primer complejo, que de acuerdo con las últimas investigaciones de Duque Gómez y Cubillos, en el Alto del Lavapatás, está fechado en un sitio estratificado en el siglo VII antes de Cristo y perdura con el conjunto de sus características propias, hasta el siglo I después de Cristo, según fecha obtenida por Leonardo Moreno, en el sitio de vivienda del Mondey (1987). Para Reichel Dolmatoff es el complejo Horqueta que incluye el Primavera y, para Duque Gómez, es el Mesitas Inferior.

En el siglo primero de la era actual hemos podido constatar cambios en la alfarería de San Agustín. Hay nuevas unidades que no están decoradas con incisiones, pero, aunque las unidades incisas peculiares del primer complejo pierden su preponderancia, las hemos encontrado en el valle de Laboyos en menor proporción, asociadas a los nuevos grupos cerámicos. En este segundo complejo hay formas sobresalientes como lo son las alcarrazas, las copas y las urnas funerarias. Reichel Dolmatoff lo llamó complejo Isnos y, para Duque Gómez, hacen parte del complejo anterior y del Mesitas Medio.

Las excavaciones más recientes de Duque Gómez y Cubillos enfatizan que: "Quizá la más importante conclusión que podemos derivar de nuestro trabajo, en los sitios arqueológicos mencionados (Mesita C, El Parador y El Estrecho), es la continuidad en la cultura (subrayado de los autores), por lo menos a lo largo de siete (7) siglos; del siglo I antes de Cristo al siglo VII después de Cristo, sin desconocer por supuesto, las lógicas variantes locales, que por ahora se constatan" (Cubillos, 1980: 166).

Los materiales cerámicos asociados a estas fechas en dichos sitios, incluyen rasgos tanto del complejo cerámico antiguo como del segundo, como era de esperarse, en tanto que por la cronología absoluta, se ubican en la fase final del primero e incluyen y comprenden todo el periodo del segundo complejo cerámico, que Reichel llamó Isnos.

No parece haber duda que en el siglo I después de Cristo estaban presentes los rasgos característicos de los dos complejos cerámicos, como lo muestran los cortes VI y VII hechos por Reichel Dolmatoff en el Alto de los Idolos y en la Mesita B, respectivamente. Aunque este

autor invalida esta fecha asociada al complejo que él llama Primavera, Leonardo Moreno en uno de los cortes hechos en el Monday, vuelve a obtener una fecha del siglo I después de Cristo, para esta misma cerámica.

Se sabe que a partir del siglo XI después de Cristo hay un cambio más grande en la alfarería, surgiendo el tercer complejo cerámico que se desarrolla hasta los tiempos de la conquista y la colonización españolas. Este nuevo complejo tiene unidades cerámicas que se caracterizan por ser menos pulidas, a diferencia de los dos complejos anteriores y por la presencia de técnicas decorativas exclusivas, como el granulado, el corrugado, la pintura positiva y el hachurado. Duque Gómez llamó a este complejo Mesitas Superior y Reichel Dolmatoff, Potrero-Sombrierillos.

A la llegada de los conquistadores españoles, en el siglo XVI, los territorios del sur del Alto Magdalena estaban habitados por las comunidades indígenas productoras del tercer complejo cerámico. Estas conformaban la etnia de los yalcones que sobresale por la resistencia que ofreció, actitud que le permitió la supervivencia de sus pautas culturales prehispánicas, durante el período colonial, aunque en condiciones limitadas y marginales, como se pudo comprobar en las excavaciones del poblado aborigen de Morelia, donde se obtuvo una fecha de 1700 después de Cristo (Llanos, 1988).

En síntesis: "... en el Alto Magdalena se concretan mayores cambios hacia los comienzos de la era cristiana, entre los siglos X y XI y en el siglo XVI D.C. Si se observan estos períodos de transformación de la cerámica, se puede pensar que probablemente estén asociados a cambios de orden social, económico, político y religioso" (Idem: 95).

El balance antes expuesto señala los cambios presentados en la alfarería del sur del Alto Magdalena agustiniano. ¿Cómo explicar los cambios sucedidos hacia el comienzo de la era actual y entre el siglo X y el XI después de Cristo?

Para Duque Gómez el fundamento inicial de su periodización son los complejos cerámicos; no obstante, posteriormente (1979) cuando entra a interpretar los resultados de su más reciente investigación hecha en compañía del arqueólogo Cubillos, enfatiza su periodización histórica.

Para estos investigadores el complejo Mesitas Inferior corresponde al período Formativo (1000 A.C. - 300 D.C.), y el Mesitas Medio, que es una continuación del anterior, conforma el Clásico Regional (300 - 800 D.C.).

El Clásico Regional se diferencia del Formativo, por la presencia de montículos funerarios, sarcófagos monolíticos, tumbas revestidas de lajas, grandes aterrazamientos con muros de contención, destinados a necrópolis y arte escultórico monumental, todo como "reflejo de complejas formas religiosas" (Duque Gómez, 1981).

Para Duque Gómez y Cubillos en este período se da el auge del arte escultórico y las construcciones funerarias, que tienen su origen en el período Formativo. Pero, a excepción de la fecha del siglo IX A.C. obtenida por estos arqueólogos en una tumba monumental del Alto de las Piedras, similar a las del período Clásico Regional, las demás fechas



de C. 14 asociadas a esta clase de obras funerarias quedan comprendidas entre el siglo II A.C. y el VII D.C.

La fecha del siglo IX A.C., en estos momentos, aparece como algo insólito, en tanto que este tipo de obras, al estar presentes en el período Formativo Inferior (1000-200 A.C.), replantearían la diferenciación de contenidos culturales que hay entre este período y el Clásico Regional. Por eso, es mejor esperar a que nuevos trabajos de investigación confirmen este hallazgo.

Es bueno destacar la correspondencia que hay entre el período de las construcciones funerarias (siglos II A.C. - VII D.C.) y la continuidad cerámica que Duque Gómez y Cubillos no colocan en duda, "...por lo menos a lo largo de siete (7) siglos; del siglo I antes de Cristo al siglo VII después de Cristo, sin desconocer por supuesto, las lógicas variantes locales" (Cubillos, 1980: 166).

Lo anterior, además de señalar una continuidad cultural entre el período Formativo Superior (200 A.C. - 300 D.C.) y el Clásico Regional (300-800 D.C.), parece decir que antes del siglo II A.C. existe un período diferente, que comprende la cerámica del Complejo que Reichel llamó Horqueta.

Como ya se había dicho, hacia el siglo I D.C. se encuentran o coexisten los complejos Primavera e Isnos. ¿Qué pasó entre el siglo II A.C. y el I D.C.? Para Reichel Dolmatoff se trata de la llegada de unos invasores (Isnos); pero esta interpretación concluyente no resuelve interrogantes como: ¿de dónde llegó el avanzado pueblo escultor, que

hasta el presente no se ha localizado?, ¿qué pasó con los pobladores anteriores que habitaron la región durante casi mil años?, si se fueron, ¿para dónde? y ¿por qué se desplazaron?

Retomando el análisis cerámico, el complejo que Reichel Dolmatoff llamó Isnos lo hemos hallado en el valle de Laboyos fechado en el siglo VI D.C., asociado a unidades cerámicas anteriores, o sea el complejo Horqueta. Las nuevas unidades dominan sobre éstas y esta asociación física no es accidental, sino que el estilo del primer complejo se transformó, no desapareciendo en su totalidad, de manera abrupta.

Algunas formas y la utilización de arcillas y desgrasantes de unidades del complejo Horqueta se encuentran presentes en la cerámica Isnos. Esta cerámica, aunque diferente, comparte elementos con aquélla.

Es necesario pensar en otro modelo acerca del proceso histórico, el cual nosotros llamamos de los desarrollos regionales y que Cubillos, en cita anterior, constataba como "las lógicas variantes locales". ¿Por qué no suponer que alguna de las comunidades aborígenes que habitaron la región del Alto Magdalena, hacia los dos primeros siglos antes de Cristo, produjeron las innovaciones alfareras, que en los primeros siglos de la era cristiana se volvieron dominantes, quedando las anteriores como secundarias?

¿Qué factores determinaron estos cambios? En este momento no hay hallazgos científicos para dar una respuesta precisa, pero como lo escribimos en el trabajo de Morelia: "Estos grupos que habitaron el Alto Magdalena en su período inicial, desarrollaron su propia tradición cultural que se refleja en su alfarería y en sus pautas de asentamiento, pero como es de suponerse no debieron estar aislados, sino por el contrario, en las regiones vecinas al Alto Magdalena (Amazonia, Valle del Cauca, Altiplano Nariñense y sector norte del Alto Magdalena), fueron territorios de comunidades partícipes de otras tradiciones culturales, que en determinados períodos establecieron contactos con los agustinianos que significaron influencias culturales de parte y parte, que se reflejan parcialmente en los cambios del sistema alfarero... se puede pensar que hubo vínculos de intercambio o parentesco con grupos culturales diferentes" (Llanos, 1988: 94).

En el siglo VI D.C. se hicieron varias de las construcciones monumentales funerarias, en sitios distantes como en el Alto de los Idolos (montículo No. 5), El Purutal (montículo I) y Morelia (montículo I), lo cual es indicativo de un momento de esplendor monumental, que está asociado al segundo complejo cerámico.

El siglo VII D.C. es la fecha más tardía asociada a una tumba, con elementos propios del período Lítico Monumental o Clásico Regional (tumba No. 6, Mesita C; Cubillos, 1980). Entre dicha centuria y el año 900 no hay hallazgos fechados, conformándose así un vacío cronológico. Esta última fecha fue lograda en el corte II relizado en un basurero en el poblado de Morelia (Llanos, 1988).

Según parece, en el período comprendido entre estas dos fechas finaliza el Clásico Regional, y surge el tercer complejo cerámico, que con seguridad se ha podido fechar en el siglo XI D.C., en una terraza

de vivienda en el Alto de Quinchana (Llanos y Durán, 1983), y en un sitio de vivienda del siglo XII, en el Potrero de Lavapatas (Duque, 1966).

Para Duque Gómez, el tercer complejo cerámico es el Mesitas Superior, y aunque lo afilia al corpus tradicional de la cultura de San Agustín, al mismo tiempo manifiesta: "... la introducción de algunos rasgos nuevos en la cerámica, tanto en cuanto a técnicas decorativas como en relación con la morfología, lo mismo que la presencia de otros elementos que no se advierten en los periodos inmediatamente anteriores, esto es, Mesitas Medio y Mesitas Inferior". También anota que aunque desconoce la iniciación del Mesitas Superior, "... De manera muy tentativa podríamos situarla quizás en el siglo VIII ó IX d.C." (1966: 359).

Para Reichel Dolmatoff la problemática del origen del tercer complejo cerámico, que llama Sombrerillos, no se presenta, porque las fechas que obtuvo fueron muy tardías (siglos XV y XVII), y porque no consideró que su complejo era el mismo Mesitas Superior que Duque Gómez había fechado en el siglo XII D.C.

La cerámica excavada en Quinchana (Llanos y Durán, 1983), del siglo XI, corresponde en un alto porcentaje al complejo Potrero que Reichel Dolmatoff no pudo fechar y que consideró como un posible ancestro del complejo Sombrerillos, lo cual se puede afirmar hoy en día.

La pregunta que surge en estos momentos es: ¿Qué tiene que ver el complejo Mesitas Superior o Potrero-Sombrerillos con la cerámica del período Clásico Regional? En el libro de Morelia se trató de establecer estas relaciones al obtener una fecha del siglo VI D.C., asociada a un sarcófago monolítico (corte I). Lamentablemente el cementerio al que pertenece este sarcófago había sido guaqueado con anterioridad, generando ciertas reservas en la comparación del material cerámico de este yacimiento con el fechado en el siglo X D.C. (corte II).

De todas maneras esta comparación se hizo entre los dos cortes, apreciándose una transformación gradual de la alfarería entre el siglo VI y el X D.C. De ratificarse ésto, se llenaría el vacío anterior, identificándose las transformaciones de la cerámica de la fase final del período Clásico Regional.

Las nuevas unidades alfareras identificadas entre el siglo X y el XI D.C. se vuelven dominantes. Por eso la cerámica Sombrerillos o Mesitas Superior, ubicada en el momento de la conquista hispánica, tiene marcadas diferencias con la de los períodos anteriores. Se puede suponer la intromisión o llegada de un estilo alfarero diferente a los territorios del Alto Magdalena, que entra en contacto con la tradición agustiniana del período Clásico Regional, imponiéndose sobre ésta.

Pautas de asentamiento

Para poder ir más allá del análisis empírico cerámico y alcanzar una dimensión histórica que supere los referentes espaciales y cronológicos de los hallazgos, desde el año 1981, en el trabajo de Quinchana y luego

en el cañón del río Granates y actualmente en el valle de Laboyos, hemos experimentado ciertos medios conceptuales; con la intención de lograr una aproximación a la compleja realidad histórica del sur del Alto Magdalena agustiniano.

El análisis cerámico indica cambios, pero en sí no los puede explicar. Los restos materiales culturales como la cerámica, las tumbas y el arte monumental de San Agustín, son tratados como evidencias de grupos aborígenes, que a lo largo de varios siglos produjeron unas formas de pensamiento mágicas vinculadas a su organización social y política y a unos procesos de producción económica; estas les permitieron interpretar la realidad natural en diferentes paisajes, inscritos en un clima tropical húmedo andino.

Este conjunto de respuestas articuladas y de diferentes órdenes, las llamamos pautas de asentamiento. Si éstas se logran identificar de manera particular para San Agustín, hemos dado un paso más allá del mundo de los objetos, y esperamos acercarnos a la identidad del mundo cultural que allí se produjo; en un proceso histórico de más de dos milenios. A cada modelo de organización social corresponde una determinada pauta de asentamiento, que en un proceso histórico regional adquiere una identidad cultural propia. Si la pauta de asentamiento cambia es porque hechos históricos de gran trascendencia producen cambios en toda la sociedad. Los motivos pueden ser muchos y se particularizan en cada proceso histórico regional. Explicar estos cambios es muy difícil y no sólo se requiere de una investigación arqueológica interdisciplinaria y sistemática, sino también de la búsqueda de un mundo conceptual que está surgiendo de la reflexión crítica de la etnología y la historiografía, al que llamamos enfoque etnohistórico.

Las investigaciones etnográficas sobre grupos aborígenes en el período de la conquista hispánica y los realizados sobre comunidades indígenas en tiempos modernos, aportan modelos de pautas de asentamiento de origen americano. Estas son consideradas como el medio fundamental para aproximarnos a las sociedades prehispánicas, en tanto que las pautas de asentamiento vienen a ser la estructura que sustenta toda realidad étnica.

¿En el sur del Alto Magdalena hubo una o varias pautas de asentamiento? Desafortunadamente todavía no se puede dar una respuesta acabada en tanto que las investigaciones sobre el período más antiguo de San Agustín (Formativo Inferior, 1000-200 A.C.), son escasas, y no hay información sobre los sitios de habitación, los campos de cultivo y los centros ceremoniales. De este período se conocen los restos cerámicos y líticos excavados en basureros, localizados en las cimas y en las laderas de lomas, donde estuvieron sus viviendas. Se han identificado dos tumbas, una con pozo y cámara lateral donde se exhumó un sarcófago de madera, en el Alto del Lavapatas (siglo VI A.C.) y otra de carácter monumental lítico en el Alto de las Piedras, del siglo IX A.C.

La información no es suficiente para identificar un modelo de pautas de asentamiento, pero como lo anota el investigador Duque Gómez este período corresponde a una sociedad agrícola formativa,

que posteriormente produjo los grandes centros ceremoniales funerarios, del período Clásico Regional.

Para el siglo II A.C. se incrementa la información arqueológica, que configura un modelo de pauta de asentamiento que provisionalmente denominamos monumental (períodos Formativo Superior, 200 A.C. - 300 D.C. y Clásico Regional 300 - 800 D.C.).

Se sabe que los constructores de estas obras monumentales vivieron dispersos en las cimas amplias de lomas, en mesetas y terrazas, que en determinado momento histórico transformaron, haciendo grandes aterrazamientos, rellenos y montículos para sus centros funerarios. Fueron agricultores del maíz, grandes maestros alfareros y escultores especializados.

De ellos hay más información sobre sus tumbas y lo que se ha interpretado, con diferentes significados, sobre su mundo simbólico tallado en la piedra, que sobre su vida cotidiana. Por eso, los investigadores han visto una organización social jerarquizada a partir de sus centros funerarios. Pero, ¿qué sabemos sobre el significado de la muerte entre los agustinianos?, ¿se puede aceptar que sus formas de entierro reflejan directamente su organización social?, o será, como se lo plantea Hodder, que "El enterramiento adopta distintas formas, que son reflejo de la sociedad. Estas distintas formas dependen claramente de las actitudes de esa sociedad hacia la muerte" (1988: 15).

La presencia de varios centros funerarios monumentales en sitios distantes y durante el siglo VI D.C. (Alto de los Idolos, El Purutal y Morelia), se puede interpretar como la ocupación simultánea de regiones, probablemente al mando de un jefe con una autoridad local, simbolizada en los elementos mágicos, que portan las esculturas principales de los montículos.

A su vez, sitios como las mesitas del Parque Arqueológico Nacional de San Agustín y los altos de Los Idolos y de Las Piedras, se destacan como centros principales, en donde hay varias estructuras monticulares donde enterraron una secuencia de jefes que gobernaron los territorios, durante el período Clásico Regional, como si se tratara de linajes o clanes (Figura 1, a y b).

En este sentido, el mundo simbólico de la estatuaria adquiere gran importancia. ¿Qué símbolos están asociados a los montículos?, ¿hay elementos estructurales en ellos?, ¿las esculturas son representaciones míticas ancestrales?

Lo cierto es que San Agustín tiene el privilegio de poseer un mundo simbólico en piedra, que ha resistido las inclemencias de la naturaleza y los hombres modernos. En él, se encuentra plasmado un pensamiento que rigió el comportamiento de grupos humanos durante varios siglos. Allí están plasmados sus "conceptos" sobre la vida y la muerte, el tiempo y el espacio, la naturaleza y la cultura; o sea, toda una filosofía mítica.

Un acercamiento al mundo escultórico agustiniano genera ciertas consideraciones. Hay una figura central y principal que se distingue por su boca feroz, asociada al felino; es masculina y domina o se apropia de otros símbolos: agarra cabezas trofeo, serpientes, pescados, monos fálicos y niños. Es fundamentalmente antropomorfa, aunque tiene rasgos formales de animales como el caimán y el murciélago.

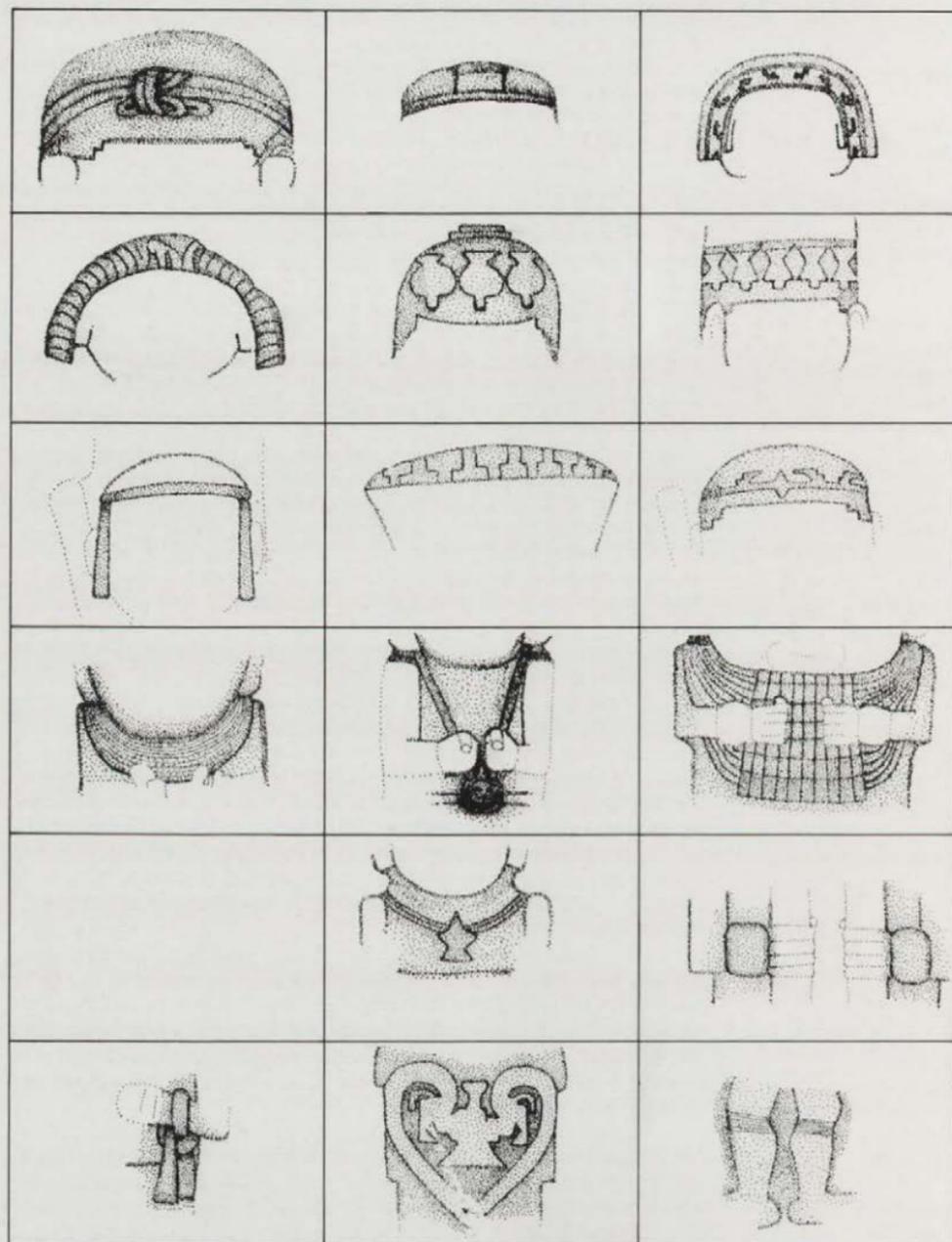


Figura 1-a

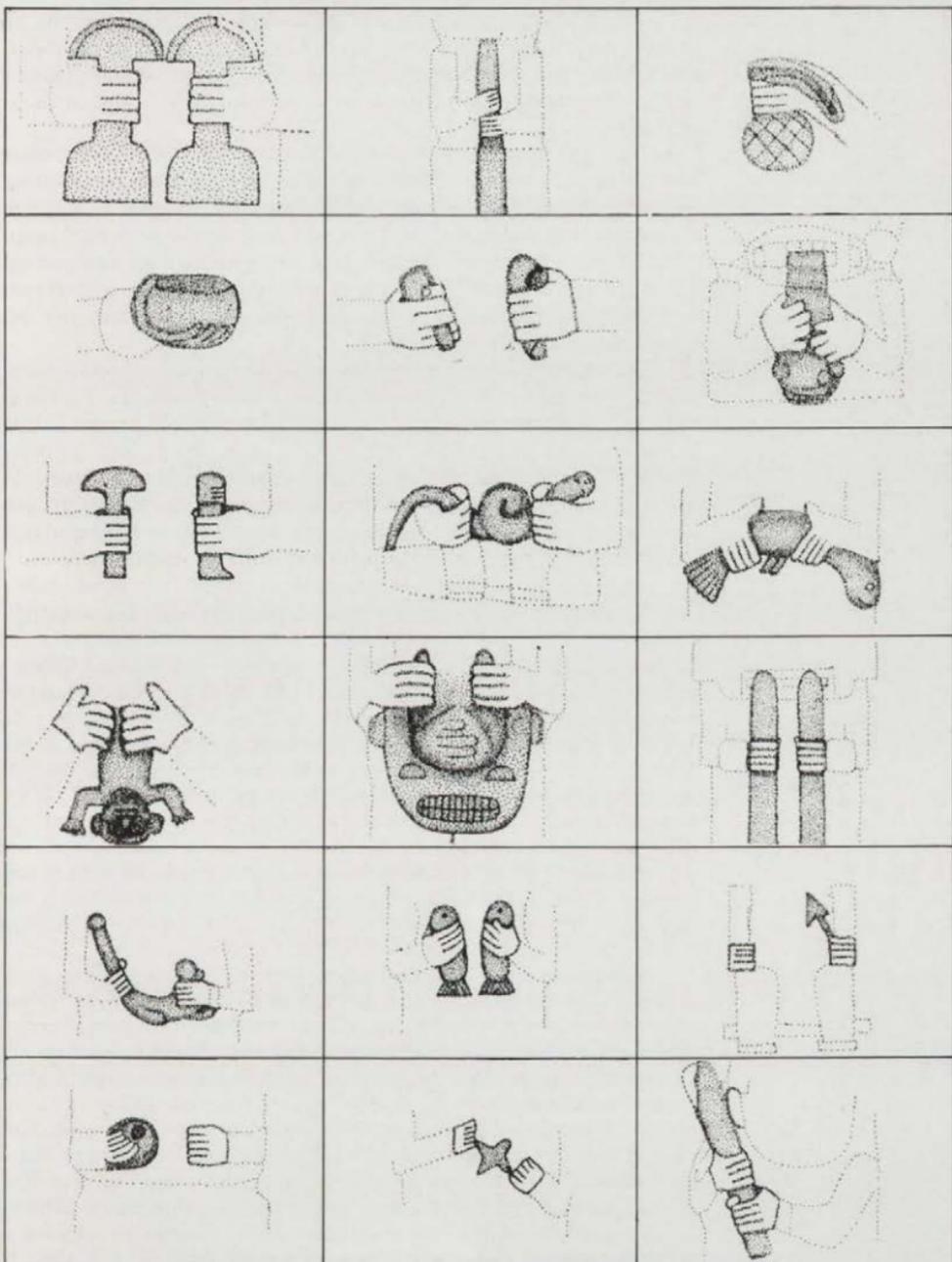


Figura 1b

El carácter principal de esta figura felina se enfatiza al llevar, ya sea una corona de plumas, una cinta con moño alrededor de la cabeza, en caracol y punzón, collares, pulseras o un cinturón que destaca su fuerza masculina, y sobre todo al estar custodiada por dos guardias o guerreros.

Los guardias también tienen elementos simbólicos: diademas con tema ornitomorfo, motivo escalonado, doble espiral, placas sobre la frente, y además de sus armas, llevan algunos de ellos, encima, un ser mítico que se conoce como "el doble yo". Este personaje tiene el rasgo felino (boca) y el cuerpo de serpiente; es representado de manera dual (doble cuerpo con sus respectivas cabezas integradas en un extremo a la cabeza felina frontal, como en el caso de los guardianes del montículo oriental de la Mesita A.

Lo felino no solamente es un rasgo de figuras antropomorfas, sino que también tiene su propia representación zoomorfa. Este es el caso de la escultura principal del montículo Norte de la Mesita B, que se encuentra en el museo del Parque Arqueológico de San Agustín. Este felino se encuentra sentado y tiene un tocado en la cabeza, pero lo más sobresaliente es el signo que consiste en una doble espiral, que lleva tanto sobre su pecho como sobre la frente; este es similar al que lleva uno de los guardias del montículo oriental de la Mesita A.

Además del conjunto de símbolos vinculados a lo felino como fuerza masculina, se encuentran ranas, serpientes y lagartos, asociados al elemento agua, que parece significar la fuerza vital femenina.

Los poderes simbólicos de lo masculino y lo femenino se integran en "el doble yo", y a su vez este ser está asociado a los personajes con rasgos felinos. Estos parecen sustentar su poder mágico en este "doble yo", principio progenitor que está presente en el mundo de los muertos. Es un símbolo que al integrar lo masculino y lo femenino está por encima de lo natural, representando un poder mágico en la vida y la muerte, y se vincula a las esculturas antropomorfas que pueden ser la imagen de chamanes, como lo insinúan los símbolos que llevan. Es un emblema de poder chamánico que debió controlar la vida social durante el período clásico, como se expresa en los guardias y las esculturas principales de los templos, que están asociados a tumbas monumentales en montículos artificiales.

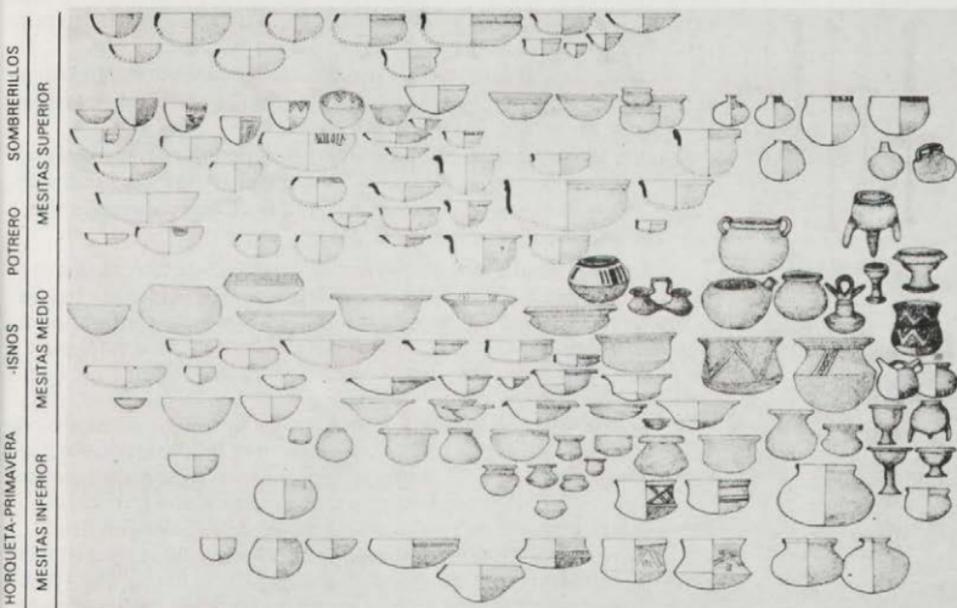
El significado de todos estos símbolos es difícil de precisar, pero pensamos que se pueden hacer asociaciones entre ellos. Y, es bueno recordar en estos momentos, que estamos hablando del pensamiento simbólico de una sociedad aborigen, localizada durante siglos en los paisajes del sur del Alto Magdalena, que se caracterizan por haber generado una paradoja a los grupos humanos que los habitaron y a los que los habitan en el presente. Son regiones con suelos propicios para la agricultura, con pisos térmicos inmediatos, pero con un régimen de alta precipitación pluvial y ríos torrentosos y profundos. ¿Cómo controlar esta naturaleza? En tiempos prehispánicos, además de tecnologías agrícolas, los aborígenes dieron respuestas mágicas y eficaces, como las que siguen dando los grupos indígenas actuales, en sus territorios de bosques tropicales húmedos.

El agua como elemento básico vital, simbolizado en serpientes, lagartos, peces y ranas, es controlado por la fuerza felínica de chamanes. Esta relación de poder, de control de las fuerzas naturales, depende de lo femenino en tanto que es el elemento donde germina la vida. Los chamanes felinos, de piedra, llevan en el mundo de los muertos estos símbolos vitales, como emblemas de poder mágico que rigen la vida cotidiana de la comunidad que depende del control de la naturaleza (Figura 2).

Esta pauta de asentamiento monumental con su estructura simbólica mágica, según parece, perdura hasta el periodo comprendido entre el siglo VII y el X D.C., porque en el siglo XI D.C. ya se ha podido identificar una nueva pauta de asentamiento, que corresponde al complejo cerámico tardío.

Los conquistadores españoles encontraron los territorios del sur del Alto Magdalena ocupados por comunidades indígenas que identificaron con los nombres de yalcones, piramas y timanaes, pertenecientes a una misma etnia, que identificamos con el nombre de yalcones.

Figura 2
Sistema alfarero de San Agustín



¿Qué relaciones culturales existieron entre los yalcones y los constructores de las obras monumentales? Es probable que estén inscritos en tradiciones culturales distintas, en tanto que tienen pautas de asentamiento diferentes.

¿Cómo fueron las formas de contacto entre los dos grupos étnicos? En estos momentos no se puede dar una respuesta a este interrogante, pero las evidencias arqueológicas muestran que los sitios donde habitaron los constructores de las obras monumentales, durante el período Clásico Regional, fueron también lugar de asiento de los yalcones del período tardío, como si se tratara de una ocupación cultural que terminó dominando sus antiguos territorios. Varios de los asentamientos clásicos estaban abandonados cuando llegaron los yalcones. Lo cierto es que los alfareros del complejo cerámico tardío se impusieron sobre los constructores de las obras funerarias monumentales, y como lo indica la abundante presencia de yacimientos con cerámica tardía, hubo una ocupación territorial más densa, en relación con la ocupación de los periodos anteriores.

La pauta de vivienda tardía introdujo cambios. En el siglo XI D.C. se hicieron terrazas artificiales sobre las pendientes de las lomas redondeadas, que descienden a los profundos cañones de ríos como el Magdalena, el Quinchana y el Granates. Estas terrazas de vivienda se encuentran en pequeños conjuntos, no muy distantes entre sí. En ellas se construyeron casas de planta circular y techo cónico, con materiales naturales perecederos.

Las terrazas hasta ahora excavadas muestran que en ellas vivieron familias nucleares, que prepararon alimentos y tallaron sus herramientas de obsidiana en estos espacios.

Los campos con eras de cultivo se han encontrado próximos a las terrazas de vivienda, a manera de huertas o parcelas familiares. Cultivaron maíz, frijol, papa y otros frutos "de que en aquella tierra había en cantidad" (Llanos, 1988: 118).

En la región de Morelia, en el cañón del río Granates, se localizó una alta concentración de terrazas de vivienda, articuladas por una red de caminos y próximas a campos, de cultivo, que configuran un poblado prehispánico. Las crónicas del siglo XVI hacen referencia a un poblado como sede de la residencia de un cacique principal de los yalcones, llamado Añiolongo.

El poblado principal de Morelia y los pequeños conjuntos de terrazas de vivienda localizados dispersos en ambas márgenes del río Granates (curso inferior), configuran el modelo de poblamiento tardío, donde el río parece constituir un eje de ocupación territorial que debió estar al mando de uno de los caciques principales (Figura 3).

En el siglo XVI, las crónicas de conquista sustentan la existencia de la organización política de los cacicazgos. Entre los yalcones hubo un cacique principal, Pioanza y otros caciques llamados Pirama, Meco y Añiolongo. Ellos estuvieron emparentados en tanto que Pioanza fue sobrino de Meco y hermano de Pirama. Cada cacique tuvo su autoridad circunscrita a un territorio, y entre ellos conforman una estructura de poder jerarquizado y vinculado a una descendencia

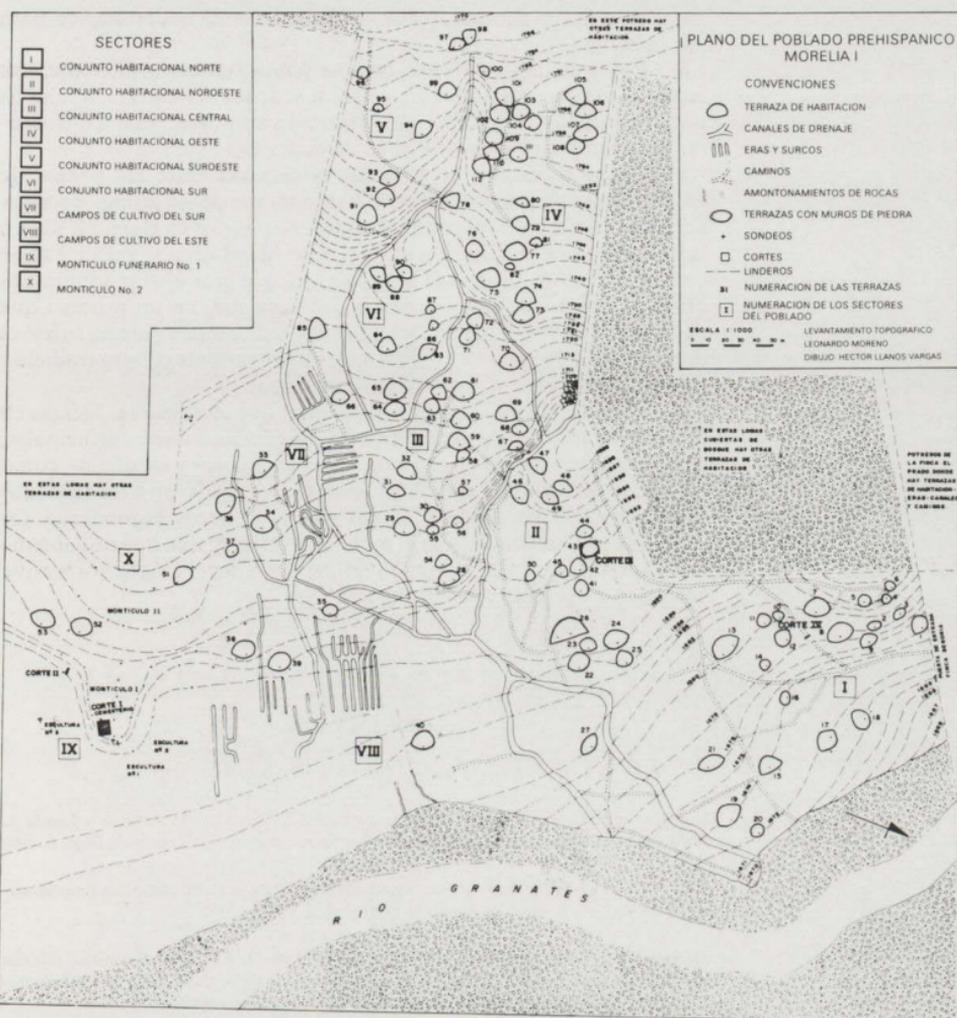


Figura 3

familiar o linaje. Modelo de organización política similar al de los cacicazgos del valle alto del río Cauca (Llanos, 1981).

Los caciques fueron líderes militares que organizaron la resistencia a los ejércitos españoles. Para los yalcones, como para muchas otras comunidades aborígenes, la guerra estuvo en un contexto ritual, donde las cabezas de los soldados y los caballos caídos en el campo de

batalla, lo mismo que sus pieles, simbolizaron un poder mágico para sus caciques.

Los yalcones establecieron una pauta funeraria diferente; sus muertos fueron enterrados en las plantas de sus viviendas, en tumbas poco profundas y de pozo con cámara, sin estar asociadas a estructuras monumentales y esculturas en piedra.

Lo antes escrito enfatiza las diferencias entre las pautas de asentamiento del período Clásico Regional y la de los grupos aborígenes que encontraron los conquistadores hispánicos en el siglo XVI. En la historia precolombina del sur del Alto Magdalena se puede hablar de una tradición cultural de San Agustín, que produjo las admirables obras líticas de carácter funerario monumental, en un proceso que duró varios siglos, y que hacia el siglo X D.C., según parece, sufrió el impacto de la llegada de comunidades pertenecientes a otra tradición cultural, que alteró su cosmovisión ancestral.

El poder de los chamanes de piedra, que controló las fuerzas en la vida y la muerte, se personificó en los caciques o jefes principales, cuyo poder se sustentó en acciones mágicas, en ritos y sacrificios, como los que se dieron en el siglo XVI, cuando combatieron a los soldados españoles, quienes además de sus armas y perros esgrimieron sus símbolos protectores, como el apóstol Santiago, que oportunamente salva sus vidas en una aparición milagrosa, ante el ataque sorpresivo del cacique Pioanza y sus guerreros.

BIBLIOGRAFIA

Binford, Lewis R. *En busca del pasado*, Editorial Crítica, Barcelona, 1988.

Cubillos, Julio César. *Arqueología de San Agustín. El Estrecho, El Parador y Mesita C.* Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1980.

———. *Arqueología de San Agustín. Alto de El Purutal.* Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1986.

Drennan, Robert et al. *Arqueología regional en el valle de La Plata, Colombia: Informe preliminar sobre la temporada de 1984 del Proyecto Arqueológico Valle de la Plata.* Museum of Anthropology, University of Michigan, number 16, Ann Arbor, 1985.

Duque Gómez, Luis. *Exploraciones Arqueológicas en San Agustín.* Instituto Colombiano de Antropología, Revista Colombiana de Antropología, Suplemento No. 1, Bogotá, 1966.

———. *San Agustín, Reseña Arqueológica.* Industria Continental Gráfica Ltda., Bogotá, 1981.

———. *Arqueología de San Agustín.* Cubillos, Julio César. *Alto de los Idolos, montículos y tumbas.* Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1979.

———. *Arqueología de San Agustín. La Estación.* Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1981.

_____. Arqueología de San Agustín. Exploraciones y Trabajos de reconstrucción en las Mesitas A y B. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1983.

_____. Arqueología de San Agustín, Alto de Lavapatas. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1988.

Friede, Juan. Los indios del Alto Magdalena (vida, luchas y exterminio, 1609-1931). Instituto Indigenista de Colombia, Ediciones de Divulgación Indigenista, Bogotá, 1943.

_____. Los Andakí, 1538-1947. Historia de la aculturación de una tribu selvática. Fondo de Cultura Económica, México, 1967.

_____. Pedro López, Rutas de Cartagena de Indias a Buenos Aires y Sublevaciones de Pizarro, Castilla y Hernández Girón, 1540-1570. Ediciones Atlas, Madrid, 1970.

Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales (FIAN). Proyectos de Investigación realizados entre 1972 y 1984 (Resúmenes). Banco de la República, Bogotá, 1985.

Hodder, Ian. Interpretación en Arqueología. Corrientes Actuales. Editorial Crítica, Barcelona, 1988.

Lathrap, Donald. El Ecuador antiguo. Field Museum of Natural History, Chicago y Museo del Banco del Pacífico, Guayaquil, 1975.

Llanos Vargas, Héctor. Los cacicazgos de Popayán a la llegada de los conquistadores. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1981.

_____. Arqueología de San Agustín. Pautas de Asentamiento en el cañón del río Granates-Saladoblanco. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1988.

_____. "Pautas de Asentamiento de San Agustín en el valle de Laboyos", en Boletín de Arqueología, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, año 2, No. 3, Bogotá, 1987.

_____. Héctor Llanos Vargas, Durán de Gómez, Anabella. Asentamientos prehispánicos de Quinchana, San Agustín. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá, 1983.

Moreno González, Leonardo. Prospección arqueológica en el noroccidente de Saladoblanco-La Cabaña y El Mondey. Monografía de Grado inédita. Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1987.

Reichel Dolmatoff, Gerardo. San Agustín a culture of Colombia Praeger Publishers New York, 1972.

_____. Contribuciones al conocimiento de la estratigrafía cerámica de San Agustín, Colombia. Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1975.

_____. "Colombia indígena, período prehispánico". En Manual de Historia de Colombia, Colcultura, Vol. 1, Bogotá, 1979.

_____. Arqueología de Colombia, un texto introductorio. Fundación Segunda Expedición Botánica, Bogotá, 1987.